

¡CANTA!

«¡Canta! Toma el violín vaciado y hueco
y arroja sobre sus delgadas cuerdas tus dedos,
pesados como corazones doloridos. Y canta el último canto
acerca de los últimos judíos en tierra europea.»

—¿Cómo cantar? ¿Cómo abrir la boca siquiera
habiendo quedado completamente solo,
sin mi mujer, sin mis dos pequeños. ¡Es un espanto!
El horror me habita... Escucho un llanto a lo lejos...

«¡Canta, canta! ¡Alza la voz, quebrada y dolorida,
búscala! Busca el canto allí arriba, si aún está,
y cántalo... Canta el último canto acerca del último judío;
vivió, murió, quedó insepulto y ya no existe más...»

—¿Cómo cantar? ¿Cómo erguir la cabeza siquiera?
Se llevaron a mi mujer, a mi Ben Zion y a mi pequeño Iome, un niño.
¡Ya no están más aquí conmigo y su imagen no me deja!
¡Oh, oscuras sombras de mis más luminosos! ¡Sombras frías, ciegas!

«Canta, canta todavía por última vez aquí en la Tierra;
echa atrás la cabeza, pon los ojos en blanco,
toma tu violín y canta por última vez:
¡Ya no hay más judíos! ¡Hasta el último ha sido asesinado!»

—¿Cómo cantar? ¿Cómo alzar los vidriosos ojos siquiera?
Llevo una lágrima petrificada en la pupila...
Quiere caer, quiere arrancarse del ojo
pero no puede... ¡Dios, Dios mío!

«Canta, canta... Levanta hacia las alturas tu mirada ciega
como si existiese un Dios allí, en los cielos...
Como si aún pudiésemos esperar de allí alguna dicha.
¡Siéntate sobre las ruinas de tu pueblo asesinado y canta!»

—¿Cómo cantar si el mundo es para mí un desierto?
¿Cómo hacer música con manos crispadas?
¿Dónde están mis muertos? Los busco, Dios, entre los desperdicios,
en los montículos de ceniza: ¡Oh, díganme dónde están vuestros cuerpos!

¡Griten de entre el polvo, desde bajo las piedras,
desde las arenas, desde las llamaradas, desde las columnas de humo;
es vuestra savia y sangre, la médula de vuestro hueso!
¡Alcen la voz, griten con fuerza!

¡Griten desde las entrañas de las fieras del bosque, desde los peces del río
que los devoraron! Griten desde los hornos crematorios, hombres, mujeres y niños.
¡Yo quiero un escándalo, yo quiero un clamor dolorido, quiero escuchar vuestra voz!
¡Grita, pueblo judío asesinado! ¡Deja que estalle tu grito!

Y no grites al cielo; te escucha tanto como la Tierra, este basural;
y no clames al sol; es como hablarle a un muro... ¡Ah, si yo pudiese
apagar el sol como se apaga una lámpara, en esta desolada cueva de asesinos!
¡Tú brillabas más! ¡Tú eras más luminoso que el sol, pueblo mío!

¡Oh, pueblo mío, muéstrate, revélate ante mí, levanta tus manos
desde las profundas fosas, apretadas, espesas, de kilómetros de largo,
cubierto de cal e incinerado capa sobre capa!
¡Ponte de pie! ¡Levántate desde el último, desde el más profundo estrato!

¡Vengan todos, de Treblinka, de Sobibor, de Auschwitz;
vengan de Belzich, de Ponar, de todos lados; vengan
de entre musgos podridos, desde los pantanos, desde las profundas ciénagas;
vengan con ojos desorbitados, con gritos congelados y sin voz.

Vengan, formen en círculo, cremados, resecos, triturados;
hagan una ronda a mi alrededor, una ronda enorme;
vengan, huesos judíos, desde el polvo, desde los panes de jabón,
abuelos, abuelas, madres con niños en los brazos.

Déjense ver, muéstrense ante mí, vengan, vengan;
quiero verlos a todos, quiero mirarlos, quiero
echar una mirada muda sobre mi pueblo asesinado,
y voy a cantar... Sí... ¡Tomo el violín y canto!

3-5/8/1943. Fragmento de «El canto del pueblo judío asesinado».
Traducción del idish de Eliahu Toker.